





EL LEGADO DEL SOL
Y LA LUNA
PARTE 1: EL ALBA



Lidia Moncayo

EL LEGADO DEL SOL
Y LA LUNA
PARTE 1: EL ALBA



Primera edición: febrero 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Lidia Moncayo

ISBN: 978-84-18097-78-2

ISBN digital: 978-84-18097-79-9

Depósito legal: M-4269-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi familia por apoyarme siempre y para Anabel por
acompañarme en esta aventura*



PRÓLOGO

La última vez que cruzó el río Bokos prometió que no volvería a hacerlo. Desde aquella última vez hacía unos veinte años había estado viviendo a escondidas en una pequeña cabaña de madera que él mismo construyó no muy lejos del pueblo detrainense de Asross, en la orilla angbana.

A pesar de su firme decisión de marcharse y no volver, no soportaba la idea de estar lejos de allí, lejos de ellos. Fue por ello por lo que eligió un punto intermedio en el que estuvieran separados pero desde el que pudiera sentir su cercanía y protegerlos de alguna forma irracional.

Lo primero que hacía cada mañana al despertar era mirar hacia aquella dirección, hacia el pueblo en el que nació, hacia el pueblo donde había vivido sus mejores y peores momentos de su vida y en el que se imaginaba viviendo de nuevo. Pero todo era pura fantasía pues en aquel momento, cuando se marchó décadas atrás, estaba determinado a no volver a poner un pie en aquellas calles entre edificios blancos y, mucho menos, a volver a caminar por ellas. Lo había prometido.

Y hasta el sol de hoy había mantenido aquella promesa.

Hace una semana que empezó a sentir de nuevo la maldad que llevaba escondida dentro y que creyó enterrada hacía mucho. Una maldad, la mayor de todas, que corría por sus venas impregnada en su sangre y que con tanto esfuerzo había tratado de sepultar. Un esfuerzo vano pues estaba perdiendo la guerra después de tantos años de batallas.

Aquella era la única razón por la que rompía la promesa que se hizo a sí mismo y a su luz.

La primera vez que sintió aquella maldad había sucumbido a ella sin oponer resistencia y eso le llevó a realizar los actos más terribles y repugnantes de los que jamás se había perdonado y jamás se perdonaría en el tiempo que le quedara de esta vida y de la siguiente.

Cuando logró salir de aquella oscuridad hacía ya muchos años atrás, tras aquella horrible tragedia causada por sus propias manos, se juró no volver a

sumergirse en ella. Por esa razón y desde entonces había dedicado toda su vida a averiguar lo qué era y poder combatirla de la mejor manera.

Investigó en cada lugar de Detraina pues sabía que las respuestas estaban ocultas en aquel reino y sus historias olvidadas repartidas por cada rincón de este. Después de tantos años de arduo trabajo, se empezó a llamar así mismo el «observador de la Historia», *Ljuma et Cnemophoro* en la antigua lengua de los dioses perdida con el paso del tiempo.

Tras mucho trabajo y mucha dedicación, averiguó el origen de todo, el origen de la maldad que vivía en él y que amenazaba la vida que el Padre Sol y la Madre Luna habían creado en el inicio de los tiempos. Al principio fue un memo incrédulo pues aquellas historias que escuchaba, que leía o que le explicaban los detrainenses parecían más cuentos de viejas para asustar a los niños que historias reales y veraces sucedidas muchos siglos atrás.

Y, entonces, él se le apareció.

Nunca olvidaría su aspecto. Tan aterrador. Tan imponente. Piel oscura como la noche sin estrellas y sin luna y ojos blancos desprovistos de vida y de humanidad. Más sombra que hombre. Más muerto que vivo.

—Hola, hijo mío.

Aquellas fueron sus primeras palabras. Unas palabras que le desgarraron por dentro.

Él ya había tenido un padre, el peor de todos, pero aquella criatura que se presentaba de aquella forma le aterraba más que la pesadilla que había vivido tantos años con su progenitor.

—No eres mi padre —le dijo entre titubeos e inevitablemente asustado.

—¿Por qué has dejado de servirme? ¿Por qué intentas librarte de mi maldición? —dijo aquella horrenda criatura.

—No quiero esta oscuridad que vive en mí —le respondió pues supo al momento de que maldición le hablaba.

—Forma parte de ti y de todos tus hermanos. Mis hijos. Debéis servirme pues para ello os he engendrado y enviado por todo este mundo creado por los Padres de todos.

—No haré tal cosa.

—Sí que lo harás.

Y tras aquellas últimas palabras desapareció de su vista pero no de su cabeza y desde aquel aterrador momento pudo sentirlo y percibirlo. Su poder. Su maldad. Lejos pero cerca. Empujándole hacia la oscuridad.

Se propuso acabar con él y con sus planes, los cuales fue averiguando poco a poco durante su labor autoimpuesta como observador de la Historia. Era

todo lo que podía hacer para enmendar sus malvados actos del pasado que le perseguían cada día, incluso en sus sueños, pesadillas más bien.

Y, tras muchos años, finalmente averiguó cómo detenerle. Descubrió que existían un grupo de personas cuya sangre estaba ligada al pasado y que están destinadas a ello.

Sin embargo, olvidó todo aquello cuando la conoció. Era la luz más brillante en medio de tanta oscuridad y, junto a ella, sintió la paz y la calidez del hogar que una vez perdió. E incluso dejó de sentir a su oscuro padre.

Vivió con ella años de felicidad impagables y formó una nueva familia a su lado.

Pero todo llegó a su fin y volvió a sentir a su oscuro padre y su poder, mayor del que jamás hubiera sentido. Y de nuevo sintió que la oscuridad se apoderaba de él lentamente pero sin interrupción.

Eso no podía volver a pasar. No volvería a perder el control frente a su familia. Sabía que podía contar con ella, que su luz brillante los mantendría a salvo pero, aún seguro de aquello, no quería correr el más mínimo riesgo. Decidió marcharse entonces pero no era lo suficientemente valiente como para mirarla a la cara y despedirse, así que le dejó sus palabras escritas y se marchó durante la noche, llevándose su oscuridad y su dolor con él y cruzó el río Bocos en aquella misma barca que en ese mismo momento utilizaba para regresar a la que fue su casa, su hogar, por más de una vida.

Había estado todo este tiempo oculto y expectante pero ya había sido suficiente. No podía ignorarlo más.

Decidió hablar en primer lugar con la cabeza de Angbo, el Emperador, el amo del escudo forjado siglos atrás para proteger a la humanidad de su oscuro padre. Este se comprometió a formar un ejército que protegiera la vida humana de la oscuridad oculta desde hacía siglos en el lugar más misterioso y reservado del Continente Sarek pero siendo una amenaza constante aunque silenciosa para el propio Imperio Angbano.

Y, ahora, debía encontrar a los herederos para poder vencer a su oscuro padre pues solo ellos podían empuñar El Legado del Sol y la Luna para detenerlo. Había abandonado aquella tarea cuando encontró su luz sin embargo ahora corría el riesgo de que esta se apagase para siempre.

Siguió remando y remando con todas sus fuerzas bajo el manto de la noche estrellada hasta que llegó a la otra orilla y dejó su vieja barca apartada y lejos de los barcos pesqueros del embarcadero asrense que solían surcar aquellas aguas. De esta forma clandestina y discreta esperaba que no hubiera rumores de la llegada de un desconocido que provocaría que su existencia llamara la indeseada atención de su oscuro padre.

«He vuelto a Asross» pensaba mientras caminaba por sus calles de viejos edificios de piedra blanca y madera oscura sacadas ambas de aquella alta cordillera que escondía al pueblo blanco. Sin darse cuenta sus pasos le llevaron hasta la mismísima puerta de la casa que había sido su hogar por tantísimos años y en la que vivía la familia que abandonó con tanto dolor.

Sintió el impulso de entrar y de volver a ver a su luz pero no la pondría en peligro. Respiró hondo el aire fresco que bajaba de la Cordillera Safara, deslizo la carta que le había escrito a su luz bajo la puerta y dio la vuelta.

Sus pies, en esta ocasión, lo llevaron hacia el arco de salida de Asross, aunque su corazón se quedó atrás, en la puerta de su hogar, con su familia.

No había más tiempo que perder. Debía encontrar a los herederos y convencerlos de que la amenaza que se acercaba era real. Era una misión difícil, casi imposible pues los herederos habían perdido su propósito de defender la vida para dejarse llevar por el poder, el odio y las intrigas políticas.

Al menos, él ya tenía consigo uno de los Legados del Sol y la Luna y sabía dónde se ocultaba otro. Dos de ocho que no eran ni mucho menos suficiente.

Una nueva guerra se acercaba y él era el primer combatiente en el bando de la humanidad, en el bando de la vida.

CAPÍTULO 1

Estaba siendo una buena tarde de verano en el pueblo blanco de Asross, tal y como venía siendo habitual esos los últimos días.

Gracias a una privilegiada ubicación, en Asross se vivían unos veranos templados con unas temperaturas que invitaban a pasar los días paseando por los espectaculares paisajes que lo rodeaban. Asross se encontraba ubicado en la intersección de dos ríos: el río Zeub que fluye desde su nacimiento en la Cordillera Safara hasta desembocar en el otro río que los rodeaba, el río Bokos, que también tenía su nacimiento en el extremo opuesto de la misma cordillera, desembocando en el mar Plateado, unos cientos de leguas al norte de la Cordillera y de Asross.

Su pequeño pueblo blanco se encontraba justo en aquel pequeño valle que formaban ambos ríos junto a la Cordillera Safara.

Ethan adoraba ese pueblo.

Ethan Neran siempre había vivido allí y su intención era morir allí. «¿Dónde podría vivir mejor?» pensó tumbado en la hierba fresca. Él era un chico apacible la mayor parte del tiempo y solo quería vivir de forma tranquila en Asross. A sus veintiún años, nunca había salido de allí y no contemplaba ninguna razón por la que hacerlo.

Sobresalía entre el resto de los chicos asrenses pues era alto, además de tener una cabellera lisa y rubia, «dorada como el oro» como le decía su madre, que le llegaba hasta los hombros y unos ojos negros como el carbón.

En días como este le encantaba recostarse en la ribera del río Bokos tras una mañana de duro trabajo ayudando al señor Surry, Elkin Surry, a descargar el pescado de su pequeño barco pesquero con el que faenaba por el gran y profundo río día sí y día no en busca de un buen botín de pesca.

Dos días a la semana Ethan se acercaba al embarcadero del pueblo y hacía lo que le pedía ese viejo tacaño. No había más opciones para trabajar y ganarse la vida en Asross. Hacía ya mucho tiempo que las minas de oro del pueblo se habían agotado, en los tiempos en los que su abuelo era un muchacho como él

lo era ahora. Su padre adoptivo le decía que más de la mitad del oro del Reino de Detraina había salido de aquellas minas.

Ethan contempló al otro lado del río como se abría un enorme prado verde hasta más allá de lo que alcanzaba la vista. En la orilla opuesta del río Bokos se encontraba el Imperio Angbano. Antaño todo el Condado Plateado, del cual formaba parte el pueblo de Asross, perteneció a Angbo pero tras una sangrienta guerra pasó a manos del Reino de Detraina y, desde entonces, era una parte más de este. «Y todo por aquellas valiosas minas» les dijo su padre cuando les contó a su hermana y a Ethan la historia de su pueblo.

Ahora el río Bokos hacía de frontera natural separando ambas naciones tal como en el pasado lo había hecho la Cordillera bajo la que se recostaba Asross.

¿Qué le importaba a Ethan toda aquella historia vieja y olvidada? Él solo quería vivir en paz. No le importaba a qué nación perteneciese Asross y, además, como muchos otros habitantes del Condado Plateado, los hombres plateados como se les conocía, él no sentía que formase parte de ninguno de los dos países. Solo quería ser un simple asrense más, tumbado en el campo y sin tener que preocuparse de los problemas de los demás, de la misma forma que no quería que nadie se entrometiese en sus asuntos.

Solamente había dos personas de las que debía preocuparse, además de sí mismo: su madre y su hermana pequeña, Eliza, no mucho menor que él.

Para Ethan, su madre, Joana Neran, era una mujer extraordinaria y admirable. El modelo de mujer que deberían seguir todas las chicas.

Siendo Ethan un niño de poco más de un año, él y su madre fueron abandonados por el padre de este, pero su madre encontró de nuevo la felicidad a los pocos años junto a Aldo Neran, casándose con él en segundas nupcias. Aldo le dio su apellido, el nombre de su familia a Ethan y este siempre lo había considerado como su auténtico padre con todo su corazón pues fue Aldo quien le crio y le educó para ser el hombre que era ahora.

De ese segundo matrimonio nació su hermanita Eliza, aunque ella siempre había odiado que la llamase hermanita.

Al igual que Ethan, su hermana era alta pero ella tenía el pelo largo, ondulado y negro, como el de su padre, y los mismos ojos negros de Ethan y su madre. «¿Tendrá mi verdadero padre el cabello rubio como yo?» pensó. Nunca había hablado del tema con su madre y tampoco tenía demasiado interés por saberlo.

Ese ruín sinvergüenza no le importaba lo más mínimo.

Desgraciadamente Aldo murió tres años atrás por el brote de fiebre morada que se llevó a una gran cantidad de los hombres del pueblo. Así era como actuaba la fiebre morada, solo afectando a los varones que, tras tres días, fallecían

irremediamente sin que las Hijas de la Luna pudieran hacer nada por ellos. Se llamaba así por las características marcas que la enfermedad dejaba por toda la cara y por todo el cuerpo señaladas las líneas zigzagueantes de las venas de color morado, casi negro. Marcas que no desaparecían ni aun muerto el hombre.

Entonces su madre tuvo que volver a reponerse de otra dolorosa pérdida y, esta vez, supo hacerlo sacando aquella fuerza que tanto él como Eliza tomaban como ejemplo. Joana Neran montó en casa un pequeño taller de costura que les había dado de comer a su pequeña familia durante todos estos años, además de lo que aportaba Ethan con lo poquito que le pagaba el racán del Señor Surry.

Eliza, que en pocas lunas llenas cumpliría diecisiete años, también ayudaba a su madre en el taller y parecía disfrutar con ello. A pesar de la dura vida que han llevado, Eliza era una chica alegre, a veces incluso ingenua y demasiado confiada, en opinión de Ethan. Se llevaba bien con todo el mundo. Era el tipo de persona que saludaba a todos con una bonita y agradable sonrisa.

No veía la maldad en el mundo, la maldad de las personas.

Cuando la mente de Ethan dejó de recordar el pasado, este casi no se había dado cuenta del tiempo que había transcurrido y de que el sol ya empezaba a caer sobre el río Bokos en su ritual diario de despedida.

Era el momento de marcharse a casa, así que recogió sus cosas y echó el último vistazo al bonito río Bokos y sus azuladas aguas que en esos momentos tenían un bonito color dorado producto de los últimos rayos de sol previos a su desaparición en el horizonte para dejar paso a la luna.

El señor Surry le había dicho que no le necesitaría mañana, por lo que Ethan aprovecharía para ayudar en casa. Tenía pendiente la reparación de un par de sillas rotas para el tabernero de Asross, el señor Sebastien Daxs, y de esa forma poder sacar algo de dinero.

Aldo era un gran carpintero respetado por todo el mundo en Asross y había enseñado a Ethan en el oficio, aunque a él nunca le entusiasmó demasiado. Cuando su padre murió, su madre tuvo que vender la mayoría de sus herramientas para poder sobrevivir unas cuantas lunas llenas. Con las pocas y vastas herramientas que se quedaron, Ethan realizaba algunas chapuzas puntuales a quien le pagase.

Cuando acabase con las sillas, también ayudaría a entregar alguno de los ropajes que su madre y su hermana habían arreglado ese día.

Ethan seguía planificando el día de mañana mientras caminaba hacia casa, su pequeña casa que se encontraba en la parte más humilde de Asross, en la parte más alta junto a las colinas que empezaban a formar aquella gigantesca

cadena de montañas y que daban paso a las viejas minas de oro. Desde cualquier punto de Asross se podían ver las altas montañas de verdes álamos y pinos y de roca blanquecina que formaban la Cordillera Safara.

A Ethan aún le quedaba una larga caminata para llegar a casa y esperaba no cruzarse con nadie por el camino pues estaba demasiado cansado y algo enfadado por lo poco que le había pagado el señor Surry esa vez. Además, odiaba las charlas banales. Las viejas del pueblo intentaban cualquier oportunidad para tergiversar la más mínima conversación con la intención de sacar un cotilleo jugoso del que hablar durante días o semanas. El último que había escuchado es que la hija del tabernero, Bethany Daxs, estaba preñada de algún que otro pescador angbano que venía a vender sus productos en Asross, pero este ya estaba casado y habría desaparecido tras conocer la noticia. Ethan saludó con un leve gesto de cabeza al padre de la chica, el señor Daxs, cuando pasó por delante de su taberna en la Plaza Central de camino a casa. Todos los del pueblo trataban a la pobre chica de fresca, roba maridos y rompe familias. «Por Dios, si era más joven que Eliza!» pensó Ethan. Estos rumores le resultaban bastante molestos pues le recordaban demasiado a lo que le pasó con su padre. «¿Habrían hablado igual de mal de madre cuando la abandonó el bastardo?»

Prefería no seguir dándole vueltas al asunto o se arriesgaba a entrar en furia. Su madre le decía que era una persona irascible aun sin ser de los de enfurecerse demasiado, sin embargo, cuando lo hacía le costaba volver a entrar en razón. Solo hubo una ocasión en la que se enfureció tanto que llegó incluso a las manos con alguien, aunque todo el mundo sabía que se lo merecía.

Habían pasado ya algunas lunas llenas desde entonces, desde aquella pelea en la taberna del pueblo. El tipo con el que se peleó fue Tozz Lambrak, hijo único y consentido del Administrador Mayor de Asross a pesar de contar ya con veintiocho años. Tozz estaba vociferando algo con sus detestables amigos y resultó que el tema de conversación era su hermanita Eliza. Hablaba de ella como de un trozo de carne al que pudiera tener como propiedad y aquel tono lujurioso con el que hablaba de su hermana le empezó a enfurecer. Sin embargo se contuvo. Pero cuando escuchó lo que decía de sus pechos, Ethan entró en cólera.

Ciertamente, ambos estaban pasados de bebida. Tozz era mayor que él pero Ethan era más alto y corpulento por lo que, de unos pocos puñetazos, logró tumbar a ese sinvergüenza. Sin embargo, los amigos de Tozz le dieron una buena tunda a Ethan como represalia.

Ethan recordaba el acontecimiento acariciando la cicatriz de su antebrazo, fruto de la pelea en la que los amigos de Tozz le hicieron un feo corte con una

jarra de barro rota. La regañina de su madre fue colosal pero él se sintió muy orgulloso de haber defendido el honor de su hermanita.

Ya había hecho gran parte del camino cuando notó que la gente del pueblo estaba algo alterada, no obstante Ethan no les prestó demasiada atención. Prefería no entretenerse con nada ni con nadie ya que no estaba de humor.

Empezó a subir la última cuesta que subía por el pie de la montaña y, al fondo de esta, ya se veía la calle donde se encontraba su casa.

Esa noche, la zona estaba más concurrida de lo normal e, incluso, se cruzó con algún que otro desconocido con quien no entabló conversación más allá de un educado «buenas noches».

Hasta que, por fin, llegó al portal de casa.

Era una pequeña vivienda de dos plantas encajonada entre una hilera de casas similares. La planta baja estaba formada por una sola sala que servía de las veces de cocina, sala de estar, comedor y el taller de costura de su madre y de Eliza. A la planta de arriba se accedía por unas empinadas escaleras ubicadas en una esquina de la estancia. La planta de arriba era semejante a la baja pero dividida en dos habitaciones separadas por un estrecho corredor, una para él y otra que compartían su madre y Eliza.

Toda la vivienda estaba construida de madera de pino a excepción de las columnas que sostenían en pie a la casa y al suelo de la planta baja que estaba hecho de la piedra blanquecina de la cantera que estaba cerca del pueblo, al pie de la Cordillera Safara.

A pesar de lo humilde de su casa, él la adoraba. Era su hogar, en el que había nacido y crecido. Irónicamente, perteneció por siglos a su familia paterna hasta que su vil padre lo abandonó.

Río para sí al pensarlo.

Antes de abrir la puerta, Ethan echó un último vistazo a las blanquecinas calles iluminadas por la luna casi llena y las estrellas. Era poco común ese multitudinario tránsito de personas a las que muchas no conocía y no parecieran, de hecho, ser del pueblo. La gente iba de un lado para otro con una actitud que Ethan adivinó como entusiasmo. Se respiraba cierta felicidad a su alrededor. Una felicidad poco común en Asross, su pequeño pueblo en el extremo de un reino que hacía mucho tiempo que se habían olvidado de ellos. Todo desde que esas minas dejaron de tener oro.

—Sea lo que sea que esté sucediendo en el pueblo lo averiguaré por la mañana —se dijo a sí mismo antes de abrir la puerta y pasar al interior de su casa.

Allí, en la planta baja, estaban su madre y su hermana. Aunque todavía quedaba algo de luz del sol que se filtraba por el par de ventanas a ambos lados de

la puerta principal de la casa, su hermana estaba encendiendo las velas de los candelabros de las paredes, uno en cada una de las pobres cuatro paredes de la estancia. No iluminaban demasiado pero les servían para ver durante la noche.

Su madre estaba en la mesa, en el centro de la habitación, dándole las últimas puntadas a lo que a Ethan le pareció un vestido de mujer o puede que la túnica de algún hombre. No era muy entendido en el tema.

—Hola madre. Hola hermanita. ¿Qué tal os ha ido el día?

—Hola, hijo mío —le dijo su madre con una bonita sonrisa pero agotada al mismo tiempo—. Eliza y yo llevamos todo el día arreglándole los vestidos a la hija del tabernero. Nos los ha traído para que se los ensanchásemos de cadera y cintura.

—Ya sabes lo que dicen las viejas del pueblo —dijo Eliza entre risas.

—No deberías escuchar a esas gallinas cacarear, Eliza. La mayoría de lo que dicen son cuentos maliciosos —le recriminó Ethan con una dura mirada aunque cariñosa, en el fondo. «Todavía es una niña inocente», pensó.

Eliza llevaba un vestido de color pardo, seguramente perteneció a su madre en su juventud. Su largo cabello de color carbón estaba recogido con un simple lazo también de color pardo. Era alta pero delgaducha y, a pesar de ello, era una de las chicas más guapas y atractivas de Asross. Muchos chicos darían lo que fuera por tenerla como esposa, incluido el granuja del bar, Tozz Lambrak.

Eliza le respondió con una sonrisa indiferente, como siempre hacía cuando Ethan le recriminaba alguna actitud. Aún seguía siendo su niñita dulce.

—El señor Surry me ha regalado un par de truchas arcoíris de la pesca de esta mañana como compensación por el trabajo de hoy —les anunció Ethan mientras sacaba de su bolsa dos ejemplares, no demasiado grandes— y también para ahorrarse de pagarme algunos reales de oro.

—No son demasiado grandes pero servirán para la cena. Eliza, échalas al caldero junto a las patatas y zanahorias que estaban cociéndose —le ordenó su madre.

Joana Neran. Su juvenil belleza, antaño envidiada por mujeres y admirada por hombres, se apagaba un poco cada día que pasaba. Llevaba un vestido verde, con una cinta de color amarillo atada a su delgada cintura. Cuando era más joven, su pelo fue negro, aunque no tan oscuro como lo tenía Eliza. Ahora, a sus cuarenta y tres años, su pelo le empezaba a clarear, cayéndole lacio y sin vida hasta los hombros.

—El pueblo anda agitado. También me he cruzado con algunos desconocidos de camino a casa. ¿Habéis escuchado algo? —preguntó Ethan mientras ayudaba a su hermana a lavar las truchas para echarlas al caldero.

—Llevamos todo el día en casa y solo ha venido Bethany Daxs para el arreglo de sus vestidos —le respondió Eliza.

Esa noche cenó rápido. Estaba realmente cansado y, más aún al pensar en lo que haría al día siguiente. Repararía primero las sillas y se las entregaría al señor Daxs y, ya que estaba allí, preguntaría por lo que sucedía en el pueblo. Sentía curiosidad.

Luego pensó en su trabajo con el señor Surry. No podía seguir trabajando de esa forma tan esporádica, cuando le diera la gana al viejo, y cobrando las miserias que le daba Surry, casi limosnas.

Debía encontrar algo mejor para darle una vida decente a su familia. Tal vez fuera a la cantera aunque el trabajo era peligroso. De hecho, hace poco fallecieron un par de chicos al caer de un acantilado. Sin embargo, la paga merecía la pena. Estaba decidido.

«Mañana conseguiré un trabajo en la cantera», pensó mientras caía en un profundo sueño.

Ethan estaba frente a la entrada principal de las minas. Era el doble de alta de lo que lo era Ethan y tan ancha como para que pudiesen pasar dos carros tirados por bueyes como los que solían traer mercancía a Asross. El interior se veía oscuro y tenebroso.

De repente, estaba en lo más profundo de las minas, en alguno de sus numerosos túneles excavados en la dura roca blanca de la Codillera Safara. A su alrededor solo había una oscuridad acompañada de un frío que le desgarraba la piel. Pero una leve luz apareció ante él. Era de un rojo que le recordaba al fuego y, además, era una luz cálida. Casi parecía una llama eterna.

Ethan alargó su brazo y casi podía acariciar aquella luz que empezaba a crecer y a brillar intensamente.

Oyó algo. ¿Un susurro? Sí, pero no logró entender lo que decía. ¿Le llamaba? «Ethan».

«Ethan Neran».

Sí. Le llamaba y cada vez lo escuchaba más cercano. Más claro.

¡Estaba tras él!

Se giró rápidamente, con energía y ante él se levantaba una sombra.

La luz roja, que cada vez era más intensa y de mayor tamaño, le iluminaba un rostro en el que solo se distinguían dos ojos completamente blancos que le observaban sin pestañear mientras le estudiaban.

—Ethan Neran, es tuya —dijo mientras le acariciaba en el pecho, justo donde le latía intensamente el corazón, con uno de sus alargados dedos y descendió hasta el estómago.

Ethan lo sintió como un puñal.

—Te pertenece. ¡Encuétrala! —le susurró la sombra con una voz rota que hacía que se le desgarrase algo por dentro a Ethan. Justo donde le había acariciado.

—¿Qué es lo que me pertenece? ¿Qué debo encontrar? ¿Dónde? —le preguntaba Ethan casi con cierta desesperación.

Extrañamente, algo dentro de él deseaba encontrar lo que aquello fuese pero, ¿el qué?

La sombra no respondió. Solamente señaló con sus alargados y afilados dedos aquella luz roja y brillante. Cuando Ethan se giró para ver de nuevo la luz, todo había desaparecido. La sombra. La luz. Absolutamente todo. Volvió a quedarse en una fría oscuridad.

Ethan se despertó bruscamente. Estaba cubierto de sudor.

«Que sueño tan raro» pensó y, sin embargo, ¿era un sueño? Ethan lo sentía muy vivido. Casi real. La caverna dentro de las minas, la luz cálida y brillante del color del fuego y, sobre todo, la terrorífica sombra con aquel susurro desgarrado y el tacto de sus alargados dedos sobre su piel.

No podía ser real. Sería producto de la fiebre aunque no se sentía febril.

La fuerte luz del sol se filtraba por la ventana de su habitación. El sol casi estaba en lo más alto. ¿Era casi media mañana? No podía ser. Había dormido demasiado y aun así se sentía cansado. Debía ser producto de la fiebre.

Se levantó de la cama y se quitó su camión de dormir. Bajo las ropas se descubrió un corte desde el pecho al estómago. Justo donde la sombra le tocó. «No puede ser, Ethan. Solo fue un sueño». Se decía a sí mismo mientras se limpiaba la sangre seca que tenía en la herida que le recordó a aquella luz roja.

—Olvidalo. Era un sueño —dijo en un débil susurro—. Solo un sueño.

Se puso unos calzones y unos pantalones negros que ya estaban demasiado desgastados. Cogió del armario de pino una camisa blanca holgada y se la abrochó mientras observaba la herida tratando de no pensar en el sueño. Las minas, la luz roja, la sombra...

Bajó las escaleras con pesadez mientras la cabeza le daba vueltas. En la planta baja, su madre y su hermana arreglaban un vestido cada una.

—Buenos días, madre. Eliza.

Les dio un beso en la mejilla a ambas y se sentó a la mesa para desayunar. Solo había un poco de pan duro y medio vaso de leche de cabra.

—Es muy tarde, ¿por qué no me habéis despertado antes? —les dijo mientras mojaba el pan en la leche para ablandarlo un poco.

—Parece que pasabas mala noche. Se te escuchaba inquieto en la cama —

hizo una pequeña pausa para mirarlo detenidamente—. Te ves pálido. ¿Estás enfermo? —dijo su madre con aquella voz dulce que tanto adoraba Ethan.

Cuando era un niño y tenía miedo, la voz de su madre siempre le tranquilizaba. ¿Era eso lo que sentía? ¿Miedo? ¿Por el sueño?

—Creo que tengo algo de fiebre.

—Deberías descansar hoy, hijo mío.

—No puedo. Le prometí al señor Daxs que le repararía ese par de sillas y se las llevaría mañana temprano a su taberna. Necesitamos el dinero, madre —su madre le sonrió aunque él sabía que enmascaraba su preocupación por él.

—Está bien. Pero no te esfuerces demasiado.

Ethan sonrió a su madre mientras se acababa el último pedazo de pan. Después, se levantó de la mesa y se acercó al viejo armario que había junto a las escaleras donde guardaba las herramientas que alguna vez pertenecieron a su padre adoptivo. Se acercó a las sillas que tenía reservadas en una esquina de la estancia y comenzó a repararlas.

Eran dos sillas de madera de los pinos que crecían en la Cordillera Safara pero, con el uso y el paso del tiempo, los tres maderos redondeados que formaban el respaldo estaban suelto en ambas sillas y corrían el riesgo de desmontarse. Ethan pretendía fijarlos con algunos clavos y con esa idea comenzó a martillar. Cada golpe hacía retumbar la sala y la cabeza somnolienta de Ethan.

—¿Es necesario hacer eso aquí abajo? Madre y yo necesitamos concentración para terminar de arreglar estos vestidos hoy. Beth los quiere ya. ¿Por qué no subes arriba? —le sugirió Eliza con un tono algo despectivo que sorprendió a Ethan, a pesar de que lo dijera con su típica sonrisa inocente.

—Perdón. Subiré a mi habitación para no molestaros —respondió Ethan algo malhumorado.

Estaba siendo una mañana muy pesada.

Ya en la habitación, al tener tan poco espacio, Ethan tuvo que mover los muebles de forma que hubiese suficiente espacio para que entrasen las sillas. La cama, en el centro de la estancia, era lo que más espacio ocupaba, por lo que Ethan la empujó contra la pared del fondo y de esa forma ya tenía suficiente espacio para trabajar.

Cuando llevaba ya un buen rato trabajando en las sillas, decidió que ya era el momento de descansar pues se sentía cansado de martillar y, además, por lo mal que había dormido esa noche. Todavía no era mediodía pero quería dormir. Dormir y olvidar. Todavía seguía pensando en ese sueño. ¿Cómo podría olvidarlo con aquel corte en el pecho? Era algo que le concomía por dentro.

Aproximándose a su cama para recostarse, uno de los tablones del suelo crujió al pisarlo. Era uno de los tablones que quedaban cubiertos por la cama cuando esta estaba en su sitio.

Ethan se agachó para ver si requería reparación pues, al fin y al cabo, ya que estaba con las sillas, ¿por qué no arreglar también el suelo?

Efectivamente, el tablón estaba suelto pero no parecía que alguna vez hubiese estado fijado al suelo. Ethan lo levantó y, sorprendido, descubrió un pequeño hueco entre el suelo y el techo de la planta baja y, más sorprendente aún, había algo oculto en este. Lo que fuese, estaba cubierto por una tela. Era una tela de seda de gran calidad de ese color púrpura que representaba a Detraina, el que vestía el Rey en su corte, según tenía entendido, y los soldados que debían proteger y salvaguardar la nación.

Ethan sacó la tela del interior del hueco y, cuidadosamente, destapó lo que estaba en su interior. Era un libro. Estaba encuadernado en cuero de un rojo intenso, rojo como el fuego. Parecía antiguo. Sus hojas crujieron al abrirlo y soltó una nube de polvo que le llegó hasta los pulmones. Ethan empezó a leer por una página al azar. Algunas palabras estaban casi borrosas, faltaban incluso frases enteras.

«Es peligrosa. Nunca debí haberla encontrado. Hace que en mi interior crezca una furia que no puedo controlar. Ya maté a aquel hombre en el camino. No pude controlarme. Y todo porque no me dejaba pasar con el carro. Lo había calcinado hasta los huesos. Y lo que era peor, en ocasiones tenía el impulso de matarlas a ellas. A mi esposa y a mi hija que lo son todo para mí. No puedo permitirlo. Debo deshacerme de esta...».

El resto de la escritura era ilegible. Parecía un diario. ¿De cuándo sería? Fue rápidamente a la primera página. *«Leo Davel. Año setecientos sesenta y dos. Asros».* El diario tenía ciento veintisiete años. Sería de la época de su bisabuelo.

¿Habría estado el diario todo este tiempo allí sin que nadie lo encontrase? ¿Quién era Leo Davel? ¿Qué fue lo que le sucedía? De repente oyó gritos del exterior.

—¡Ethan! ¡Ethan!

Ethan se asomó a la pequeña ventana de su dormitorio. Era su amigo Yoel gritando desde la calle a la vez que corría hacia la puerta de casa.

Ethan dejó el diario justo donde lo encontró y puso de nuevo el tablón en su sitio. Bajó deprisa las escaleras justo cuando su madre abría la puerta y dejaba pasar a Yoel al interior de la vivienda.

—¿Qué voces son esas, muchacho? —le dijo su madre.

—Disculpe señora Neran pero es que traigo muy buenas noticias. Hola, Eliza —dijo Yoel mientras se quedaba embobado mirando a su hermana.

—Buenos días, Yoel —le dijo su hermana con una de sus amables sonrisas. Ethan sabía que Yoel estaba enamorado de Eliza desde siempre. Era su amigo pero, bajo su mirada de hermano mayor, su hermana merecía algo mejor.

Le conocía desde que eran niños. Era un año más joven que Ethan. Su amigo tenía el pelo castaño muy corto y unos pequeños ojos marrones separados. En su rostro destacaba una prominente nariz que se llevaba todo el protagonismo. Yoel estaba tratando de dejarse barba, sin duda para parecer más hombre a los ojos de Eliza, pero apenas le crecía una pelusilla de forma desigual por la cara. Era más bajo que la mayoría de los chicos de Asross, más bajo que Eliza.

No obstante, lo más importante para Ethan era que Yoel era un buen amigo, sin lugar a dudas, que estuvo al lado de su familia cuando su padre murió. Siempre trataba de ayudarles con lo poco que pudiese. Su padre era panadero y Yoel empezaba a involucrarse cada vez más y más en el negocio familiar ya que algún día lo heredaría junto con sus hermanos. De vez en cuando les llevaba el pan que no se había vendido durante el día, algo que, con toda probabilidad, hacía para llamar la atención de Eliza.

—¿Qué pasa, Yoel? ¿Por qué vienes con tanta prisa y gritando? —le preguntaba Ethan mientras bajaba los últimos escalones.

—Son las minas, Ethan. Han encontrado oro en las minas y ahora están buscando gente para trabajar. Es como querías. Una oportunidad para conseguir un buen empleo y dejar de ser el chico para todo del viejo agarrado de Surry.

—¿De verdad han encontrado oro? ¿Después de tantos años? Parece mentira —contestó Ethan incrédulo ante la explicación de Yoel.

—Pues es cierto —dijo Yoel lleno de alegría— han venido incluso emisarios del Rey acompañados de un séquito de funcionarios y soldados púrpura para llevar la explotación de las minas. El pueblo está lleno de gente de la capital.

Ése debía ser el motivo por el que había tanto alboroto ayer en Asross y todos los desconocidos con los que se cruzó debían ser los emisarios del Rey recién llegados.

Yoel tenía razón. Era su oportunidad y no podía dejarla escapar.

—Tienes razón. Vayamos rápido. Debo conseguir trabajo cueste lo que cueste.

